

# INSEGURIDAD GLOBAL, SEGURIDAD MUNDICÉNTRICA<sup>1</sup>

JAUME CURBET I HEREU (†)

Director del Máster en políticas públicas de seguridad (en línea, Universitat Oberta de Catalunya e Instituto de Seguridad Pública de Cataluña) e investigador asociado del Instituto de Estudios Regionales y Metropolitanos de Barcelona<sup>2</sup>

*Una sociedad inundada de angustias demasiado numerosas como para saber con certeza qué hay que temer y qué hacer para disipar el miedo*  
Zygmunt Bauman (2007)

La totalidad de los nuevos riesgos que configuran la sociedad del riesgo se desarrollan al mismo ritmo que lo ha hecho, especialmente en el último siglo, el extraordinario desarrollo industrial basado en los avances tecnocientíficos. No sería la primera vez que una civilización que ha desafiado a la Naturaleza acabara desapareciendo, no a manos de un enemigo exterior sino debido a su éxito en la explotación excesiva de su entorno. Pero no es ya una civilización local, sino la existencia humana sobre la Tierra, la que se encuentra amenazada por el éxito de la civilización global en su propósito de colonizar, desde Europa, al resto del planeta. El riesgo global, por consiguiente, se configura al mismo ritmo que impone –como sociedad del riesgo mundial– la civilización occidental.

De modo que sólo una visión clara, amplia y profunda de la tragedia que supone el riesgo de catástrofe planetaria nos permitirá acceder a un estadio superior de *seguridad mundicéntrica* (o auténticamente cosmopolita) que nos permita ver, con los ojos de toda la Humanidad, que constituimos una *comunidad de peligro mundial* y que sólo una nueva *ética de la responsabilidad planetaria* podrá salvarnos.

*The new risks that make up the risk society are unfolding at the same pace as the extraordinary industrial development based on technical and scientific advances did over the last century. It would not be the first time that a civilisation that has defied Nature has died out, not at the hands of an external enemy, but as a victim of its own success in exploiting its surroundings to excessive levels. This time however, it is no longer a localised civilisation but the very existence of humans on Earth which is threatened by the success of global civilisation, in its desire to spread out from Europe and colonise the whole planet. Consequently, global risk takes shape at the same pace as western civilisation imposes itself as a world-wide risk society.*

*Only a clear, broad and deep view of the tragedy of the risk of planetary catastrophe will allow us to reach a superior state of world-centric (or truly cosmopolitan) safety that will allow us to see, through the eyes of all Humankind, that we form a global risk community and only a new ethics of planetary responsibility can save us.*

1. Una versión mucho más amplia de este artículo se puede encontrar en el libro publicado muy recientemente: Curbet, J., 2011. *Un món insegur: la seguretat en la societat del risc*. Girona, CCG Edicions. Edición en castellano: *Un mundo inseguro: la seguridad en la sociedad del riesgo*. Barcelona, Editorial UOC.

2. También ha publicado el libro: CURBET, J. (2010) *El rei nu: una anàlisi de la (in)seguretat ciutadana*, així com els articles «La inseguretat ciutadana ha canviat les nostres vides», *PAPERS* 53, el monogràfic «La seguretat ciutadana a les metròpolis del segle XXI», enero 2011, y el monogràfic «(Anti)terrorisme: Représentations et gouvernance», *Cahiers de la Sécurité*, 14, «Sécurité globale», octubre-diciembre 2010.

## 1. INTRODUCCIÓN

Nada es factible al margen del siempre frágil equilibrio —dinámico, tenso, permanente— entre estabilidad (permanencia, *seguridad*) e innovación (creatividad, *libertad*) que, necesariamente, genera *incertidumbre*. No tiene sentido, pues, la reiterada y conflictiva contraposición entre seguridad y libertad, ya que ambas, en su debida proporción, constituyen ingredientes igualmente indispensables para el desarrollo humano.

Así como ocurre con los organismos biológicos, también los organismos sociales mueren de exceso tanto como de insuficiencia, ya sea de innovación o de estabilidad, y una vez convertidos en valores exclusivos, ambos acaban produciendo *inseguridad social* (Castel, 2004), debida a los excesos de una libertad de mercado sin controles cívicos, e *inseguridad civil* (Castel, 2004), debida a la restricción de derechos y libertades causada por un exceso de seguridad. De modo que al buscar más seguridad de la que admite en cada momento este equilibrio entre conservación y creatividad, tan frágil como crítico para el desarrollo de la existencia humana, consigue justamente lo contrario, es decir, más inseguridad. Lo que plantea una paradoja: la seguridad no se genera ni en contraposición ni al margen de la inseguridad. La seguridad, que sólo se obtiene —relativamente— de un adecuado control del riesgo, supone, para las sociedades humanas, la capacidad de persistir en sus características esenciales —en un inevitable equilibrio dinámico— ante los *riesgos* que derivan en *desastres* y los *conflictos* que se materializan en *violencias*. Así como las *incertidumbres* que alimentan la incesante *demanda de seguridad*.

## 2. ¿PROBLEMAS PÚBLICOS, SOLUCIONES PRIVADAS?

Nuestra percepción de la inseguridad, así como la consecuente búsqueda de seguridad, constituyen un único proceso psicosocial de evolución consciente. Así, según sea el nivel de percepción de la inseguridad —*egocéntrico* (yo contra todos), *etnocéntrico* (nosotros contra ellos) o *mundicéntrico* (todos nosotros)— se desarrollan, respectivamente, estrategias de seguridad *individual*, *grupal* o *colectiva*.

En su estadio egocéntrico, la *búsqueda individual de seguridad* en el mercado de consumo masivo y compulsivo no pretende tanto satisfacer una necesidad real —obtener un nivel razonable de protección— como alimentar un deseo: ahuyentar el miedo. Esta prioridad ajustada al consumo de *sensación de seguridad* en detrimento de una *seguridad efectiva* y, por ello, a la persecución de una solución individual a un problema colectivo explica la expansión prodigiosa, en los ámbitos económico y político, del *comercio de la seguridad* y de la *política del miedo* respectivamente. Paradójicamente, el éxito indiscutible de ambas formas de explotar el temor ajeno constituye la expresión más clara del fracaso de esta estrategia primaria de seguridad: es decir, cuanto mayor es la percepción de inseguridad, más medidas de seguridad se adoptan, que, a su vez, aumentan la inseguridad, y así sucesivamente.

Esta estrategia no razonada brota de la inseguridad inherente al individuo aislado psicológicamente —que se siente, aunque no de forma consciente, vulnerable— y, por ello, no consigue materializarse en acciones que puedan procurarle una protección efectiva ante amenazas reales; aunque todo parece indicar que ni siquiera lo pretende, de hecho, ya que la auténtica obsesión de esta conducta, básicamente inconsciente, no consiste tanto en procurarse una *seguridad efectiva* como reforzar, a cualquier precio, su *sensación de seguridad*. Pero aquí surge el problema: ya que las causas de la inseguridad finalmente se mantienen inalteradas, esta peculiar búsqueda de seguridad no puede sino aportar frustración y, de esta manera, aumentar la incertidumbre que pretendía disipar.

Esta supuesta estrategia de seguridad constituye, por tanto, una auténtica contradicción en los términos, ya que, cuanto más esfuerzo se necesita para conseguir una seguridad individual de uso exclusivo, más tensión, más conflicto y confrontación habrá con los otros que compiten, en un espacio común, para conseguir la misma quimera y, por tanto, más inseguridad habrá para todos. De modo que la persistencia insensata en este despropósito acaba convirtiéndola en parte del problema en lugar de la solución.

Entonces, a quien descubre el callejón sin salida al que nos aboca la búsqueda individual de seguridad se le hace evidente la necesidad ineludible de desarrollar una visión más evolucionada —que integre y a la vez trascienda el estadio precedente—, desde la que poder ampliar el alcance de la limitada estrategia individual de seguridad, y evitar así la fatídica confrontación egocéntrica del «yo contra todos». Dado que lo que está en juego es encontrar una solución colectiva (seguridad) a un problema colectivo (inseguridad), parece inevitable, por tanto, que el «yo contra todos» (egocéntrico) deje paso a un estadio superior de «nosotros contra ellos» (etnocéntrico).

Aunque, ¿es razonable esperar mejores resultados de la *búsqueda grupal de seguridad*? En efecto, desde este nuevo estadio, la preocupación exclusiva y excluyente por un mismo se inserta en una visión superior que es capaz de asumir la protección común de los que constituyen el grupo de pertenencia. Un objetivo únicamente individual se amplía y se convierte, así, en una tarea grupal. Con todo, la identificación grupal supone un tipo de lealtad limitada a una porción de la Humanidad —una familia, una banda, un pueblo, una nación, una clase, una raza, una comunidad religiosa— que, inherentemente, excluye la lealtad a la Humanidad entera: amar a los Estados Unidos implica, en parte, odiar —o, al menos, rechazar— a todos los enemigos de los Estados Unidos (Appiah, 2007). De modo que el «nosotros contra ellos» (*seguridad etnocéntrica*) aparece como una prolongación, y en buena medida una intensificación, del «yo contra todos» (*seguridad egocéntrica*) y, por tanto, la búsqueda grupal de seguridad no consigue eludir la lógica funesta de la búsqueda individual de seguridad, puesto que, de hecho, más que una auténtica innovación, esta estrategia secundaria de seguridad supone un simple desplazamiento de la *frontera originaria* (la línea de fractura en la que emergen, en forma de violencias y desastres, los riesgos y los conflictos respectivamente) desde la esfera estrictamente individual a la grupal.

Así pues, tanto la búsqueda individual como la grupal de seguridad, impulsadas respectivamente por la ansiedad egocéntrica y etnocéntrica, consiguen justa-

mente lo contrario de lo que pretenden. Es decir, producen la máxima inseguridad tanto en el individuo como en la colectividad. Y, paradójicamente, la única seguridad posible sólo puede emerger de una aceptación plena de la inseguridad.

### 3. COMPRENDER ES ACTUAR

La existencia humana es un producto extremadamente frágil de la evolución de la vida al que le corresponde desarrollarse en unas condiciones ambientales intrínsecamente peligrosas. Por ello, la enfermedad, el accidente, la degradación física y psíquica y, al final, la muerte, no constituyen infortunios extraordinarios sino pasos comunes en la trayectoria vital de todos y cada uno de los seres humanos, sin excepción posible. No son pocas las culturas ni los individuos que han aceptado este hecho tan simple como crucial, y han conseguido así trascender la engañosa dialéctica entre resignación y rebelión. En efecto, aceptar la inseguridad propia de la existencia está tan lejos de constituir una actitud resignada —que nos hace incapaces de afrontar responsablemente los peligros—, como de la pueril resistencia a admitir nuestra condición mortal, que nos arrastra hacia una búsqueda insensata de permanencia más allá de lo razonable. Ni la resignación ni la rebelión, en tanto que modalidades diferentes de una misma incapacidad para asumir la radical incertidumbre de la vida, resultan pues el mejor fundamento para una estrategia plausible de seguridad. Más bien al contrario.

Aceptar serenamente la inseguridad propia de la existencia puede convertirse, por su capacidad apaciguadora de las ansiedades egocéntrica y etnocéntrica, en el mejor antídoto para la búsqueda febril de seguridades ilusorias. La única seguridad posible comienza, por tanto, en el abandono consciente del deseo quimérico de sustraerse al alcance de cualquier peligro, de convertirse en invulnerable, de arriesgarse sin asumir las consecuencias desagradables y, en definitiva, de eludir la cita con la muerte. Sabernos inseguros nos evita obcecarnos en persecuciones infructuosas, por frustrantes, de algo que no se encuentra a nuestro alcance. Y, de esta forma, podremos concentrar toda nuestra energía, mediante la atención consciente, en afrontar prudentemente —es decir, asumiendo la responsabilidad con uno mismo, con los demás y con la Naturaleza— las incertidumbres que van marcando toda trayectoria vital.

Este primer paso, en el despliegue de una *conciencia mundicéntrica*, nos lleva inevitablemente a constatar que toda seguridad es relativa, efímera, ambivalente. No hay que olvidar que la vida progresa, no sólo en los organismos biológicos sino también en los sociales, en un equilibrio inestable y potencialmente trágico entre la atracción de dos polos: innovación/libertad y estabilidad/seguridad. Y ya hemos visto también que, en este funambulismo ineludible, cualquier exceso resulta fatal, tanto si se trata de un abuso de libertad (innovación) como de un exceso de seguridad (estabilidad). La única vía practicable se nos aparece, paso a paso, cada vez que renunciamos conscientemente a escuchar los cantos de sirena tanto de una libertad como de una seguridad que luchan por un imposible dominio absoluto. De modo que la seguridad es relativa o no es ni seguridad ni libertad.

La seguridad es, pues, necesariamente relativa. Pero, entonces, también efímera. A una fase de innovación le sigue otra de estabilidad y, a ésta, otra de innovación, y así sucesiva e indefinidamente. Es decir, el despliegue de la libertad aporta, tanto en el individuo como en la colectividad, los recursos requeridos para afrontar creativamente las situaciones nuevas y, por tanto, estimula la realización completa del propio potencial. No se trata, sin embargo, de un progreso lineal e ilimitado, sino de una modalidad de avance más sutil que adopta la desconcertante forma del vaivén. Es por ello que toda innovación lleva implícito el germen de la estabilización, y, llegado el momento, el ruido creador se transforma en necesidad de asiento y de ordenación. Y viceversa, claro, porque todo orden acaba por atrofiarse, y abre, así, la vía para un nuevo impulso renovador. Este vaivén entre la libertad y la seguridad no es, tampoco, una secuencia armónica. No deberíamos perder de vista que libertad y seguridad luchan por desplegarse absolutamente, y que sólo la simetría de designios consigue imponer un ritmo que expresa más un compromiso inevitable, difícil y constantemente cuestionado, que un acuerdo voluntario. Por obra de esta sabiduría invisible, la seguridad contiene el exceso de libertad tanto como la libertad impide el exceso de seguridad. No necesariamente se produce, todo ello, de manera pacífica, por supuesto.

Relativa, efímera, la seguridad también es ambivalente. La sabiduría oriental, más que la occidental, enseña prudentemente a pensar en la inseguridad en los momentos que se disfruta de seguridad y en la seguridad cuando se sufre la inseguridad. Porque en cada cosa se prefigura su contrario. Así, el fortalecimiento de la seguridad, ineludiblemente, provoca algún retroceso —más o menos grave— en la libertad; lo que supone, como decía mi abuelo, desnudar un santo para vestir a otro. Finalmente, pues, siempre acaba resfriándose uno u otro. En todo caso, procurarse seguridad supone concentrar la atención selectivamente en un peligro (la droga, el terrorismo, el crimen organizado o la inseguridad ciudadana) al que, y ahora da igual por qué consideraciones, se convierte en el catalizador del miedo; hecho que supone que se desatiendan otras amenazas (la catástrofe ecológica) e, incluso, la corresponsabilidad en la producción de riesgos (la pobreza, el hambre, las enfermedades evitables, la fractura social). Tarde o temprano esa seguridad aparente se desvanece ante la tozuda persistencia del resto de factores de inseguridad temerariamente ignorados. Y, claro, también las situaciones de inseguridad, que tanto nos pueden perturbar, ya están anunciando una nueva situación de estabilidad. De hecho, ninguna revolución se limita a derribar un orden —ya sea el sistema político, el modo de producción o la estructura social— sino que también es instauradora de un nuevo orden. Inseguridad y seguridad no pueden ser entendidas, por lo tanto, si no es desde la perspectiva de su alternancia complementaria.

Esta seguridad a la que podemos aspirar razonablemente —es decir relativa, efímera, ambivalente— se encuentra prefigurada justo allí donde se produce la inseguridad. Tiene sentido: ¿dónde hay que buscar la solución si no es en el núcleo del problema? Esto requiere, indudablemente, asegurarnos de que el problema está formulado correctamente. No es tan obvio como podría parecer. Entonces, cualquier búsqueda de seguridad debería comenzar planteando el problema de inseguridad que pretende resolver, en los términos precisos. No se trata, en ningún

caso, de un esfuerzo prescindible. Ni siquiera puede considerarse como un retraso en la búsqueda de la solución. Asegurarse de que el problema de inseguridad está bien planteado es el primero, pero el más decisivo, de los pasos a seguir a fin de conseguir toda la seguridad que se encuentra a nuestro alcance.

Toda seguridad es, esencialmente, un estado de ánimo. Contrariando la creencia más difundida, «sentirse» —incluso más que «saberse»— seguro constituye el objetivo real de la demanda de seguridad surgida de una visión egocéntrica o etnocéntrica. ¿Cómo podemos conseguir, pues, una solución objetiva (externa) a un problema eminentemente subjetivo (interno)? No debe sorprendernos que una característica común a las más diversas estrategias de seguridad, privadas y públicas, sea su capacidad paradójica para aumentar aún más la demanda de seguridad que pretenden satisfacer. Ahí radica, precisamente, el secreto del éxito de la industria privada de la seguridad: la demanda es infinita. Como las industrias del tabaco, del alcohol o de la pornografía, la industria de la seguridad privada juega con la ventaja incommensurable que proporciona, mediante la adicción, una demanda cautiva. Consumir tabaco, alcohol o pornografía no satisfacen ninguna necesidad sino que alimentan un deseo que, por su propia naturaleza, es literalmente insaciable. Del mismo modo, consumir seguridad no apacigua la inseguridad sino que la cronifica. Lo mismo ocurre, a pesar de todo, con las políticas públicas de seguridad. Como si se echara agua en un cubo agujereado, nunca hay suficientes policías, leyes y cárceles. La inseguridad no escucha razones, cifras, resultados, y su voracidad no tiene límites: mal si se ven pocos policías y peor si se ven demasiados. Todo sirve para alimentar la inseguridad y nada es suficiente para aplacar la misma. El *ansia de seguridad* es tan voraz como una auténtica tenia.

Ir a comprar antes de comer, dicen, no es buen negocio: se compra más de lo que se necesita. Asimismo, la inseguridad (un temor difuso pero persistente) no resulta ser el mejor consejero a la hora de tomar decisiones de seguridad. Toda protección parece poca cuando uno se siente vulnerable. Quien mejor lo sabe son los vendedores, ya sea de productos de alimentación o de seguridad. La prosperidad de los dos negocios requiere clientes hambrientos e inseguros, respectivamente; insaciables en definitiva. En ambos casos el antídoto es el mismo: una capacidad de reflexión mayor, es decir, de pausa para ponderar el imperativo impulso consumista. No siempre, por no decir casi nunca, la auténtica seguridad viene dada por la agregación de medidas de seguridad, en el sentido más amplio, a una situación de inseguridad insuficientemente entendida. ¿Qué mejor protección que identificar lo que realmente nos hace vulnerables? Esto permite invertir la lógica con que, desde los estadios egocéntrico y etnocéntrico de conciencia se pretende inútilmente conseguir seguridad. El remedio, entonces, es tan sencillo como eficaz: evitar aquellos actos, individuales y colectivos, que nos exponen innecesariamente al peligro. O, si se quiere, prevenir antes que curar. En todo caso, más medidas de protección, y más grandes, no garantizan mayor seguridad que una eliminación prudente, de raíz, de los factores que alimentan la inseguridad.

Comprender es actuar. Esto significa desconfiar de los esquemas binarios y alejarnos de los simplismos. La primera medida de seguridad consiste en ver, con absoluta nitidez, el peligro y alejarse automáticamente. Si el fuego quema, aparta



la mano. Es más seguro que mantener la mano en el fuego mientras busco la manera de no quemarme. A menos que se quiera cuadrar el círculo. No se trata, pues, tanto de «qué hacer» sino, sobre todo, de «qué hay que dejar de hacer» para estar seguro. Sabemos que la velocidad, el alcohol, la distracción causan la mayor parte de los muertos y los heridos en los accidentes de circulación. Entonces, ¿qué es más seguro: *añadir*, incesantemente, todo tipo de trastos de protección al vehículo, o bien *reducir* la velocidad, no beber si se ha de conducir y evitar las distracciones? La primera de las opciones juega con la ventaja, una vez más, de que no requiere modificar hábitos y, sobre todo, no exige una mayor conciencia: basta con estar dispuesto a pagar por las sucesivas medidas de seguridad. Llevada al paroxismo —como ocurre en las carreras ilegales, pero no únicamente—, esta disponibilidad a pagar por no asumir la propia responsabilidad incluye la previsión de las posibles sanciones. Sin embargo, el modelo de movilidad resultante de esta exasperación individualista se convierte en colectivamente insostenible debido a la persistente siniestralidad, la contaminación atmosférica y acústica, la ocupación del espacio público, así como por su contribución decisiva al cambio climático.

#### 4. LA SOCIEDAD DEL RIESGO MUNDIAL

Con tanto particularismo excluyente, la dimensión universal del mundo contemporáneo, por efecto del proceso de globalización, ofrece un carácter ecuménico que nos sensibiliza en nuestra común condición humana solidaria (Trías, 2005). En efecto, durante los treinta últimos años, hemos asistido a un hecho histórico sin precedentes: la posibilidad de acceder a las culturas de todo el mundo. Por ello, como señala Wilber (2007), el conocimiento es hoy en día global, lo que significa que, por primera vez en la historia, cualquier persona tiene la posibilidad de acceder no sólo a la totalidad del conocimiento, sino también a la totalidad de la experiencia y la sabiduría acumuladas por todas las grandes civilizaciones premodernas, modernas y posmodernas. Porque, como dice Bajoit (2008), la globalización no se reduce a una cuestión simplemente económica, sino que supone también una sensibilidad extrema sobre todo lo que pasa en cualquier rincón del mundo, debido a la extraordinaria circulación de las informaciones y de la difusión de modos de vida y de consumo. Una nueva forma de representarse el mundo y de concebir la vida se está generalizando en todas partes. Pero tampoco nunca antes se había observado con tanta claridad el riesgo de catástrofe global que, tanto en la dimensión ecológica como en la social, paradójicamente se deriva del éxito en la colonización humana del planeta.

La autoextinción de la Humanidad no es una posibilidad remota, sino una probabilidad cierta. Hasta el punto, como señala Grof (1994), que somos la primera especie que ha desarrollado el potencial para cometer un suicidio colectivo y destruir en este acto catastrófico todas las demás especies y la vida sobre la tierra. Lejos de fatalismos milenaristas tanto como de escepticismos voluntaristas, la realidad trágicamente pertinaz de Hiroshima y Nagasaki marca los hitos catastróficos de un incomprensible proceso colectivo. ¿Qué sentido tiene olvidarlo? Con la

Guerra Fría, el potencial de autodestrucción de toda la Humanidad, acumulado en manos de las dos grandes potencias, llegó a desbordar todos los límites imaginables, hasta el punto que resultó necesario inventar una nueva unidad de medida: *megadeath*, Palabra con la que se designaba un volumen de un millón de muertos (Anders, 2000). Con la desaparición abrupta de la Unión Soviética, una parte importantísima del arsenal nuclear mundial —pero también químico y bacteriológico— quedó diseminado y, en gran medida, incontrolado. Ahora mismo, nuevos Estados ya disponen de un arsenal nuclear —Israel, Pakistán, India, Corea del Norte— y como mínimo veinte más van camino de conseguirlo.

Desde la Segunda Guerra Mundial, por tanto, no sólo ha crecido la capacidad total de destrucción mediante el uso de armamento nuclear, sino que su concentración inicial (exclusivamente en manos de la Unión Soviética y los Estados Unidos) ha ido derivando hacia una dispersión progresiva. Es decir, al *equilibrio del terror* —basado en una amenaza nuclear equiparable entre las dos grandes superpotencias mundiales y, por tanto, mutuamente controlada— le ha sucedido un *desequilibrio del terror*, una inquietante diseminación del arsenal nuclear entre una cantidad creciente de Estados. E, incluso, nada ya nos puede garantizar que organizaciones no estatales no puedan disponer de armas de destrucción masiva, ya sean químicas, bacteriológicas o nucleares (especialmente «sucias»). El ataque que la secta japonesa Aum Shinrikyo efectuó con gas sarín en el metro de Tokio el 20 de marzo de 1995, como explica Townshend (2008), abría la posibilidad de un asesinato en masa realmente escalofriante: posteriores operaciones policiales demostraron que los Aum poseían suficiente sarín como para matar más de cuatro millones de personas.

Parece, pues, que no hacen falta más evidencias para prever la catástrofe global a la que nos precipita la creación, la diseminación y el progresivo descontrol de un arsenal de armas de destrucción masiva que, globalmente, dispone de la incomprensible capacidad de hacer desaparecer a la Humanidad de la Tierra no una vez sino varias, es decir, lo más parecido a la situación de un condenado, el corredor de la muerte, a la espera de la ejecución no de una sino de varias penas de muerte. Un despropósito que podría resultar chocante si no fuera trágico.

El riesgo nuclear es, en un doble sentido, un riesgo global. Es global porque no reconoce fronteras ni territoriales ni temporales y, por tanto, afecta a la Humanidad en todo el planeta y más allá de las actuales generaciones. Y es un riesgo global, en el sentido más literal, porque la sucesión de catástrofes nucleares (sólo relativamente locales) «todavía» no han precipitado la catástrofe definitiva (planetaria). Pero también porque no se trata de un accidente del progreso tecnocientífico sino el resultado —indudablemente más indeseable— de su éxito.

Ciertamente, la totalidad de los nuevos riesgos —incluido, por supuesto, el nuclear—que configuran la sociedad del riesgo se desarrollan al mismo ritmo que lo ha hecho, especialmente en el último siglo, el extraordinario desarrollo industrial basado en unos no menos colosales avances tecnocientíficos. Beck (2009) señala, en este sentido, que el cambio climático es el producto del éxito de una industrialización que desprecia sistemáticamente sus efectos tanto sobre la Naturaleza como en la Humanidad.



Morimos, pues, de éxito. No sería la primera vez —si ese fuera el caso— que una civilización que ha desafiado a la Naturaleza acabara desapareciendo, no a manos de un enemigo exterior sino, justamente, debido a su dudoso éxito en la explotación excesiva de su entorno.<sup>3</sup> Pero no es ya el destino de una civilización local —es decir, una parte de la Humanidad—, sino la existencia humana sobre la Tierra, la que se encuentra amenazada por el éxito de la civilización global en su propósito de colonizar, desde Europa, al resto del planeta. El riesgo global, por consiguiente, se configura al mismo ritmo que impone al conjunto del planeta —como sociedad del riesgo mundial— la civilización occidental.

Así, una vez más en la historia de la Humanidad, pero por primera vez a escala global, el éxito en el desarrollo de estrategias civilizatorias —basadas, en esta etapa, en la disponibilidad de un arsenal creciente de artefactos devastadores— es, a su vez, la condición inevitable de su fracaso. Beck<sup>4</sup> remarca enfáticamente esta característica paradójica de la sociedad contemporánea: nunca antes la Humanidad había estado tan cerca como ahora del autoextinción y, al mismo tiempo, nunca había resultado tan factible la emergencia de una *conciencia mundicéntrica* (o auténticamente cosmopolita) capaz de frenar —quien sabe si a tiempo— esta insensata carrera hacia la nada.

Ciertamente, en la sociedad del riesgo mundial se extiende la conciencia sobre el alcance planetario y la potencialidad catastrófica de los riesgos que se han ido expandiendo, pandémicamente, al mismo ritmo que la colonización humana de la Tierra. De tal forma que un riesgo que no se detiene en las fronteras políticas no podía hacer otra cosa que erosionar el mito fundacional del Estado moderno, según el cual el Estado soberano sería capaz de garantizar la seguridad colectiva en el interior de sus límites territoriales. Esto constituye, indudablemente, una verdad extremadamente difícil de asumir por parte de las autoridades gubernamentales, porque son conscientes de los enormes costes que supondría abandonar su pretensión de ser los proveedores monopolísticos de seguridad a la población: la contrapartida de reconocer los peligros es el fracaso de las instituciones, la justificación de las cuales es justamente la no existencia de peligros.

*E pur si muove!* Cada vez se hace más evidente el fracaso estatal en su propósito (en última instancia, probablemente insensato) de erigirse en garante exclusivo de la seguridad colectiva, acaparando monopolísticamente los recursos de protección anteriormente dispersos en la sociedad. Asimismo, resulta progresivamente más difícil enmascarar la responsabilidad compartida, en este fracaso del Estado (en su configuración actual), de la tecnociencia y del mercado. La fe ilustrada en la bondad intrínseca del progreso tecnocientífico, junto con la más reciente devoción neoliberal por el potencial ilimitado del mercado, tampoco podían quedar indemnes ante la previsión (riesgo) de una catástrofe planetaria. De modo que, en una

3. FERNÁNDEZ-ARMESTO [2002], BROSWIMMER [2005] y DIAMOND [2006] documentan algunos de los casos más perturbadores y, especialmente, extraen las lecciones que un progreso auténtico, en ningún caso, habría tenido que ignorar.

4. En la relectura [2007] de su tesis inicial de *La societat del risc* [1986], posteriormente *La societat del risc global* [1999].

secuencia de defraudación de las enormes expectativas provocadas, la tecnociencia —especialmente a partir de la segunda mitad del siglo xx— genera nuevos riesgos (cada vez más globales y menos controlables) además de bienestar; la entronización capitalista del mercado produce exclusión social junto con riqueza y, por último, el Estado se ve impotente para gestionar los conflictos (cada vez más numerosos) causados por los riesgos y la desigualdad social.

La previsión de una catástrofe mundial anticipa el resultado probable del proceso en que nos encontramos inmersos. Este es el punto crítico: el riesgo anticipa la probabilidad fundada de la catástrofe (peligro) y, en consecuencia, nos concede la oportunidad de modificar la trayectoria que nos precipita, si no, hacia un desenlace fatídico. De modo que los riesgos globales liberan inesperadamente un momento cosmopolita histórico, es decir, en la medida en que anticipan la muerte colectiva, también liberan un impulso moral y político que aspira a equilibrar, más allá de fronteras y trincheras de todo orden, la globalización económica, política y cultural.

Pero, ¿qué necesitamos para poder prever nítidamente el espanto insostenible de la mera probabilidad de una catástrofe planetaria causada por la acción humana? Racionalmente, resulta incomprensible que puedan resultar necesarias aún más evidencias para darnos cuenta, por ejemplo, de la gravedad del cambio climático y de quién es el responsable. Tal como se puso de manifiesto en el Informe 2007 del *Intergovernmental Panel on Climate Change*, el debate académico sobre el cambio climático ha terminado. En cambio, las discusiones políticas y morales al respecto se encuentran en un punto nuevo. El principal culpable del calentamiento climático global —afirman los científicos con una unanimidad poco frecuente en una cuestión tan compleja— es el ser humano. La auténtica novedad, la importancia histórica incluida, del contenido de este informe es la contundencia con la que desarma cualquier intento de excusarse o de dudar sobre si la causa del evidente cambio climático es el ser humano (Torres, 2007). Y lo mismo se puede decir sobre la extinción de especies. El planeta Tierra pierde especies a una velocidad sin precedentes en la experiencia humana. En el mundo contemporáneo, el goteo normal de extinciones se ha transformado en una hemorragia incontrolable en la que desaparecen diariamente 100 o más especies. El proceso actual de extinción sólo presenta algún parecido con las tres grandes extinciones en masa catastróficas del remoto pasado geológico. El término «ecocidio» designa el terrible alcance y los efectos acumulativos de esta crisis de extinción masiva y de destrucción de hábitats inducida por la especie humana (Brosimmer, 2005).

## 5. UNA SEGURIDAD MUNDICÉNTRICA

Jean Jaurès, en su discurso a la juventud en 1903, advertía que la noche del servilismo y de la ignorancia no se desvanece con una iluminación repentina. Dicho de otro modo, probablemente no haremos suficiente aceptando racionalmente las evidencias documentadas de un auténtico riesgo global para comprender plenamente que todos nosotros constituimos una *comunidad de peligro mundial* (Beck,

2008) y, así, para actuar de acuerdo con una nueva *ética de la responsabilidad planetaria* (Jonas, 2004).

Con todo, a pesar de los escepticismos y las tergiversaciones, ante el alcance y la profundidad de los riesgos globales (ecológicos, económicos, sociales), a partir de ahora nada de lo que pase quedará circunscrito localmente (todos los riesgos esenciales son riesgos globales) y, en contrapartida, cada riesgo local es también el resultado de la situación de la Humanidad. Tal como es el caso del problema del agua: las Naciones Unidas estiman que mil millones de personas están sometidas al llamado estrés del agua, es decir que tienen acceso a menos agua de la que necesitan. Con el cambio climático, las previsiones son escalofrantes: más de tres mil millones lo sufrirán en el año 2025 y cinco mil trescientos millones en el 2050. Un *casus belli* que puede afectar a todo el planeta (Folch, 2008).

¿Qué se interpone, pues, entre la evidencia razonada de un riesgo global —que ya no admite intentos ilusos de escape individual/local— emergencia de esta imprescindible conciencia mundicéntrica que nos permita, finalmente, eludir el peligro de autodestrucción?

En el estadio actual de la evolución humana —todavía dominado por la exasperación del individualismo competitivo y consumista, así como por la proliferación de particularismos excluyentes—, lo que necesitamos con más urgencia (una *seguridad mundicéntrica*) es también, paradójicamente, aquello para lo que nos encontramos menos capacitados. En mi opinión, los obstáculos principales que debemos superar son cuatro. En primer lugar, hemos perdido —en realidad olvidado— la conciencia de nuestra vulnerabilidad ante los fenómenos naturales y, por tanto, también la noción de cuál es nuestro lugar en la Tierra. En segundo lugar, ebrios de orgullo tecnocientífico, hemos llegado a creer que lo podemos hacer todo y que todo lo que se puede hacer se debe hacer, e, incluso, que podemos arreglar todos y cada uno de los desastres causados por el progreso. En tercer lugar, el individualismo desesperado tanto como el particularismo excluyente nos han hecho olvidar el sentido de Humanidad y, en la medida en que nos enfrenta competitivamente a todos contra todos, nos incapacita para afrontar colectivamente (¡cómo si no!) los riesgos globales que amenazan la continuidad de la especie. En cuarto lugar, por consiguiente, vivimos atemorizados —por no decir aterrados— y, así pues, buscamos solitaria y frenéticamente seguridad a casi cualquier precio, incluida por supuesto la renuncia voluntaria a la libertad. Esto constituye, por sí mismo, una causa nueva y relevante del aumento imparable de la inseguridad mundial.

Por todo ello, la evolución humana se encuentra ahora ante un abismo creado por ella misma (Walsh, 1994). Esta conciencia que luchó durante millones de años para asegurar la supervivencia humana se encuentra actualmente a punto de agotar los recursos de su planeta, de convertir en inhabitable su entorno, y de crear los instrumentos de su propia autoaniquilación. ¿Puede esta misma conciencia desarrollar la sabiduría necesaria para abandonar esta práctica catastrófica? ¿Podemos desarrollar suficientemente autocomprensión como para reducir nuestra destructividad y madurar suficientemente rápido como para superar a tiempo esta crisis evolutiva?

La emergencia de la conciencia constituye uno de los productos más sofisticados de la evolución humana. Pero no es, en absoluto, un lujo prescindible. Ahora

menos que nunca. Nos urge ver con claridad, es decir entender, un hecho crucial: el modelo actual de desarrollo es insostenible, tanto social como ecológicamente. Y lo es ahora y no, en términos de simple probabilidad, dentro de unas décadas, unos siglos o unos milenios. Los efectos actuales del llamado progreso son exactamente insostenibles. Es decir, humanamente intolerables. Podríamos destinar décadas y décadas a examinar la cantidad ingente de datos, estadísticas, estudios e informes de todo tipo que nos dicen lo que el sentido común (pero aún no la opinión pública) sabe bien: nos precipitamos hacia el abismo. Pero la cuestión que, más temprano que tarde, cada uno deberá responder, es sencilla y cada día que pasa más dramática: ¿por qué no abandonamos nuestros comportamientos auto-destructivos? ¡Qué mejor seguridad que esta!

Donde hay conciencia existe una visión nítida de qué hay que dejar de hacer, una comprensión profunda de qué hacer y, por tanto, una acción transformadora. Todo a la vez, en un único acto consciente, es decir surgido —sin mediación ponderativa— de una auténtica comprensión. No hay que darle más vueltas: una situación cambia, de repente y con todas las consecuencias, cuando la vemos desde una perspectiva diferente. Es decir cuando ampliamos la visión, profundizamos en la comprensión, nos hacemos plenamente conscientes. En ese instante esclarecedor ya no existe ni antes ni después, ni pros ni contras, ni optimismo ni pesimismo, ni distinción entre pensamiento y acción: sólo pura conciencia transformadora.

Todo salto en la escala de la evolución humana constituye, en última instancia, un cambio de conciencia. De repente, lo que resultaba aceptable deja de serlo; lo que era útil ahora estorba, lo que no se valoraba se convierte en inaplazable. La distinción entre la esfera individual y la colectiva, en última instancia, tiene más de delimitación conceptual que real, porque identificar dónde acaba el individuo y dónde empieza la colectividad es siempre una tarea cargada de dificultades. Por este motivo, la formación —en buena parte imperceptible— de una masa crítica, donde podía parecer que sólo había actitudes individuales aisladas, acaba determinando las grandes transformaciones culturales y, por tanto, también sociales, económicas y políticas. De modo que las etapas que marcan la evolución humana se ajustan mal a los moldes interpretativos contruidos, aisladamente, por las diferentes disciplinas académicas y, cada vez más, ponen en evidencia la necesidad de conjugar las aportaciones de las ciencias naturales y las sociales en una visión integral y evolutiva de la realidad.

Afortunadamente, la catástrofe planetaria es, hoy por hoy, un riesgo. Sin embargo, no es tan obvia ni tan intrascendente la conclusión de que queramos sacar de este hecho: *a)* sólo es un riesgo, o *b)* hemos de impedir que el riesgo se materialice en catástrofe. Son indudables las ventajas, a corto plazo y en cuanto a la comodidad, que nos aporta la primera de las interpretaciones: si *solo* se trata de un riesgo (inevitable e incontrolable, alejado de la responsabilidad humana), entonces no hay que dramatizar y, sobre todo, podemos ahorrarnos el esfuerzo ingrato de cuestionar la sostenibilidad del modelo de vida actual. Si, por el contrario, entendemos que es inaceptable que nuestra forma de vida produzca un riesgo de catástrofe global —que no sólo compromete nuestra existencia sino también la de las próximas generaciones, así como del resto de formas de vida animales y vege-

tales en el planeta— entonces la situación no es tan confortable: son todas las dimensiones de nuestra forma de vida, inseparablemente tanto en la esfera individual como en la colectiva, que pasan a verse cuestionadas por este despropósito insostenible.

Pero no deberíamos engañarnos. Este dilema crucial no se resuelve con un acto voluntarista de elección racional entre dos opciones basado, como en tantos otros casos, en un cálculo de coste/beneficio, de preferencia o incluso de creencia. Se trata de algo quizá más sencillo y por ello más difícil: una cuestión de conciencia; es decir, de ampliación y profundización de la conciencia. Y la conciencia ni se adquiere ni se adopta: debe ser descubierta dentro de uno mismo y aplicada en las relaciones. En este sentido, Beck (2009) considera que esta salvadora conciencia mundicéntrica no aparecerá como un acto voluntarista sino como la respuesta inevitable ante una amenaza inminente y descomunal:

La política climática se convertirá en «cosmopolítica» en todo el mundo y lo hará no por convicción individual, sino por el realismo de la simple supervivencia.

De modo que sólo una visión clara, amplia y profunda de la tragedia que supone el riesgo de catástrofe planetaria nos permitirá acceder a un estadio superior — en la medida que es capaz de incluir y a la vez trascender los estadios egocéntrico y etnocéntrico— de *seguridad mundicéntrica* que nos permita —más allá de los estrechos límites impuestos por la identificación completa con el «yo» y el «nosotros»— ver, con los ojos de toda la Humanidad, que constituimos una *comunidad de peligro mundial* y que sólo una nueva *ética de la responsabilidad planetaria* podrá salvarnos.

## BIBLIOGRAFÍA

- ANDERS, G. (2003) *Más allá de los límites de la conciencia*. Barcelona: Paidós.
- APIAH, K-A. (2007) *Cosmopolitismo: La ética en un mundo de extraños*. Buenos Aires: Katz.
- BAJOIT, G. (2008) *El cambio social: Análisis sociológico del cambio social y cultural en las sociedades contemporáneas*. Madrid: Siglo XXI de España Editores.
- BAUMAN, Z. (2007) *Vida de consumo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- BECK, U. (2008) *La sociedad del riesgo mundial: En busca de la seguridad perdida*. Barcelona: Paidós.
- (2009). *El Dios personal: La individualización de la religión y el «espíritu» del cosmopolitismo*. Barcelona: Paidós.
- BROSWIMMER, F-J. (2005) *Ecocidio: Breve historia de la extinción en masa de las especies*. Pamplona: Laetoli.
- CASTEL, R. (2004) *La inseguridad social: ¿Qué es estar protegido?*, Buenos Aires: Manantial, 2004.
- DIAMOND, J. (2006) *Colapso: Por qué unas sociedades perduran y otras desaparecen*. Barcelona: Debate.

FERNÁNDEZ-ARMESTO, F. (2002) *Civilizaciones: La lucha del hombre por controlar naturaleza*. Madrid: Taurus.

FOLCH, R. et al. (2008) *Suarem! El clima que ens espera*. Barcelona: L'Arquer.

GROF, S. (1994) «Investigación actual sobre la conciencia y la supervivencia humana» (p. 91-121). A: GROF, S. (ed). *La evolución de la conciencia*. Barcelona: Kairós.

JONAS, H. (2004) *El principio de responsabilidad: Ensayo de una ética para la civilización tecnológica*. Barcelona: Herder.

TORRES, P. (2007) «El canvi climàtic, un risc que s'infiltra arreu». *Canvi climàtic: Som a temps d'aturar-lo? Informe 2007 de l'Observatori del Risc*, p. 41-67. Barcelona: Institut d'Estudis de la Seguretat.

TOWNSHEND, C. (2008) *Terrorismo: Una breve introducción*. Madrid: Alianza Editorial.

TRIAS, E. (2005) *La política y su sombra*. Barcelona: Anagrama.

WALSH, R. (1994) «La supervivencia humana: Un análisis psicoevolutivo». A: GROF, S. (ed.) *La evolución de la conciencia*, p. 15-25. Barcelona: Kairós.

WILBER, K. (2007) *Espiritualidad integral: El nuevo papel de la religión en el mundo actual*. Barcelona: Kairós.